CAPÍTULO XXVIII. *De lo mucho que Xolotl se entristeció con la ausencia de sus hijos y familiares después que les repartió señoríos y tierras*

Así como la familiar comunicación de los amigos causa contento y alegría, por consiguiente manera será verdad decir que la ausencia que hacen les será de mucho pesar y tristeza; ambas a dos cosas vemos verificadas en Xolotl, el cual vivía alegre y contento con la presencia de sus hijas y yernos y los demás señores con quien siempre había comunicado; pero después que les dio tierras y señoríos y se fueron a ellas y le faltaron de sus ojos, fue tanta tristeza que recibió que con lágrimas y suspiros la dio bien a entender a todos los que habían quedado, por lo cual fue forzoso al príncipe Nopaltzin, su hijo, venir a la corte (el cual no asistía en ella, sino en otra ciudad, dos leguas de allí) a consolar a su padre y le sacó de ella y llevó a unos jardines y lugares frescos que cerca de ella tenía en el lugar que ahora se llama Tetzcuco, en el cual lugar, aunque para otros lo podía ser de gusto no al menos para Xolotl; antes, acordándose que eran edificados por algunos de los ausentes, le creció más la tristeza y acompañándole el príncipe a sentir su soledad la lloraron ambos. De aquí le tomó gana a Nopaltzin de ir a ver a su ayo que le había criado y, pidiendo licencia al rey, se fue a verle, el cual fue de él muy bien recibido y consolado en su tristeza y estúvose con él algunos días; después de los cuales se volvió a la presencia del rey, su padre, al cual halló en las riberas de la laguna con otros señores y personas de cuenta, que habían venido a consolarle en su tristeza.

CAPÍTULO XXIX. *De cómo el príncipe Nopaltzin se casó; y se declara de qué gente era la mujer que recibió por esposa*

Para mayor claridad de la historia que vamos tratando es de saber que los tultecas, antiguos moradores de esta tierra, habían quedado algunos, cuando los chichimecas entraron en ella (como dejamos dicho); de los cuales fueron dos niños o mancebos llamados: el uno, Axopal y el otro, Pixava, hijos del gran tulteca y gigante llamado Mitl. Estos dos mancebos dichos tenían por ordinario ejercicio sacar plata de las venas de la tierra y labrarla, lo cual usaron en tiempo de los chichimecas, con sola intención de tenerlos gratos y propicios para que no los matasen y hiciesen mal; éstos vivieron en aquel lugar que ahora se llama Quecholac, en cuyo tiempo vino a estas riberas de la laguna de la ciudad de Tula una señora llamada Yaluac y pasó a Cholula y se llegó al favor de los sacerdotes que allí habían quedado de los dichos tultecas y de uno de ellos tuvo

un hijo llamado Ixcach, el cual casó después con otra doncella tulteca, hija de Acapal; y éstos fueron casando con los chichimecas y mezclándose unos con otros hasta hacer de ambas naciones una generación y familia. También se dice por cosa muy cierta y verdadera haber quedado de aquella dicha nación tulteca una niña llamada Azcatlxochitl, hija de Pochotl y de Huitzitzilin y nieta de uno de los mayores señores tultecas y príncipes de los ya dichos y referidos, a la cual su madre criaba en el pueblo de Tlaximaloya, treinta leguas poco más o menos de esta ciudad de Mexico, a la parte del poniente, que se había quedado en aquel lugar, en la destrucción y acabamiento de los de su familia. Y aunque la niña era de sangre ilustre y noble, vivía y se criaba en grandísima pobreza y no daba la madre demonstración de serlo; lo uno, por ser pobre; y lo otro, por no ocasionar a los chichimecas a que la matasen con sospechas de que no pensasen que algún tiempo les tomaría gana de recuperar su señorío si el número de su gente crecía, aunque todo esto se allanó y aseguró; con que sabiendo Xolotl quién era y cuán a propósito le venía casarla con su hijo Nopaltzin, se la dio por mujer y esposa en cuyo contrato y casamiento hubo grandes regocijos y fiestas; lo cual sucedió dos años adelante de los desposorios y casamientos de sus hermanas; y de aquí quedaron emparentados tultecas, chichimecas y aculhuas, haciendo un linaje tres que lo eran diversos y distintos. Las fiestas que se hicieron a la celebración de estas bodas duraron tiempo de seis meses; y se dice que era tanta la gente que concurrió a ellas que, no bastando los poblados, se alojaban por los campos en grandísimas congregaciones y rancherías, sin conocerse ya los unos a los otros, entre los cuales, fueron quince reyes y más de treinta príncipes e infantes, con otros muchos señores de cuenta y capitanes y gente de guerra que ya estaban puestos en presidios y fronteras.

CAPÍTULO XXX. *De cómo Itzmitl, por otro nombre Tlacoxinqui, señor de Cohuatlichan, fue a pedir a Xolotl señorío para su hijo Huetzin y le prometió el de Culhuacan; y cómo el señor de aquella provincia, llamado Nauhyotl, hizo ejército para recibirle y matarle*

EN ESTOS TIEMPOS en los cuales ya las naciones chichimecas, tultecas y aculhuas, eran unas y se trataban como hermanos y parientes, comenzó la ambición a crecer con el número de la gente; entre los cuales el primero que se dice haber introducido la plática de este detestable vicio en estas familias fue Itzmitl, señor de Cohuatlichan, hijo de Tzontecoma, uno de los tres señores aculhuas que de sus tierras vinieron a éstas, cuando ya Xolotl las poseía. Este señor, como tuviese un hijo llamado Huetzin y desease verle señorear y mandar como él señoreaba y mandaba, si ya no es, que con el temor natural que suele causar la ambición parecien-